





P A S A J E R O

Castilla en canal

© Raúl Guerra Garrido, 1998
© de esta edición, EDICIONES CÁLAMO, 2016
© de todas las imágenes, Asís G. Ayerbe

ISBN: 978-84-16742-01-1
Dep. Legal: P-130/2016

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: EDICIONES CÁLAMO
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 70 12 50
www.edicionescalamo.es
contacto@edicionescalamo.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Castilla en canal

RAÚL GUERRA GARRIDO

C Á L A M O

«Sola en medio de los campos,
tierra adentro, ancha es Castilla.
Y está triste: solo ella
no ve los mares lejanos.
¡Habladle del mar, hermanos!»

Himno ibérico
JOAN MARAGALL



CASTILLOS EN EL AIRE



Un castillo en el aire

Por compleja que sea la figura, su trazado siempre comienza en un punto. Memorizas cómo se inició el proyecto en el que ya estás irremisiblemente embarcado y en ese primer punto lo recuerdas de una forma nítida y precisa, como se recuerdan todas las situaciones límite, por más que ocurriera hace una eternidad y en aquel momento ni pasara por tu imaginación lo que ahora te ocupa. Ocurrió hace unos diez años, en el saco de Roma, y de hecho en tan delicado trance solo pensaste en salir bien librado de la violenta barahúnda. Tu botín fue el libro que estabas hojeando, encuadernado en rústica, con ciento veintisiete páginas de papel casi de estraza y un texto tan ingenuo como estimulante, tanto como las mal reproducidas ilustraciones con que se adornaba, una por capítulo y doce en total. Se titulaba *Andanzas de un poeta por Castilla la Vieja* (Imprenta de El Silencio, Caracas, 1918) y su autor era el para ti desconocido poeta Nelson García Colombani. Aún lo conservas y alguna de sus frases te saltan espontáneas a los ruidos de las teclas de tu ancestral Olivetti Hispania. ¿Para cuándo el ordenador, viejo? De «alocado proyecto de gigantes» califica al Canal de Castilla, capítulo que consideras tu punto inicial y cuya ilustración, a la larguísima, resultó decisiva. Dice el pie de la imagen: «Cruce del Canal de Castilla sobre el río Abánades a través de un puente-acueducto, mostrando la navegación mixta por vela y por sirga propia del siglo XVIII». El dibujo está hecho desde una de las orillas del río y muestra al acueducto con todo su sobrio esplendor, a través de sus

tres amplios ojos se abre la campiña más allá de los edificios de la ribera y sobre él, debido a la perspectiva, una magnífica embarcación de único mástil con vela recogida parece deslizarse ingrávida, a pesar de la evidencia de dos caballerías tirando desde el camino de sirga. Por el río navega un bote de carga a remo y por el andén del acueducto pasea una pareja de buen porte. Un paisaje bucólico, laborioso y convencional, que estalla a favor de un revolucionario progreso, con la fuerza del mejor Magritte, gracias a la presencia del velero suspendido entre el cielo y las aguas. Una lúcida imagen que impresionó vivamente tu imaginación. Su lúcida bandera ondeando al viento.

También recuerdas de forma nítida y precisa el segundo punto inicial, cuando se produjo más bien segundo de una serie de puntos suspensivos, esa vez no porque se produjera en una situación límite sino absurda, circunstancia que también favorece la memoria. No digas cientos. Decenas de veces habías recorrido en uno y otro sentido las carreteras transversales que unen la N-I con la N-VI y siempre, a la ida y a la vuelta, te había sorprendido al cruzar tan diversos puentes un mismo rótulo: «Canal de Castilla». Un canal de gran anchura si lo comparabas con otros canales de riego, de modesto cauce si lo comparabas con un río, y nimio si la comparación era con los canales de Suez o Panamá; en cualquier caso una rareza cuyo designio te era ajeno, que despertaba en ti un momentáneo interés pronto disipado por los requerimientos del tráfico. Hasta el pasado verano, en julio, hace apenas un año, en que decidiste parar a disfrutar de la sombra que la chopera de los alrededores de uno de esos puentes te ofrecía. Fue a la salida de Melgar de Fernamental, hacia Osorno. Una vez en la orilla del canal decidiste disfrutar también de la frescura de sus aguas, corrían lentas mas, por templadas que estuvieran, serían un alivio para el bochorno y la sudada que llevabas encima. Metiste las manos, te mojaste el pelo y ocurrió lo imprevisto, zas, un resbalón y de cuerpo entero en medio de la mansa corriente. En el centro, apenas hacías pie, su fondo era lodoso, resbaladizo e inquietante, el salir de allí te iba a exigir un serio esfuerzo; pero lo verdaderamente imprevisto ocurrió en otro orden de cosas, en el síquico o extrasensorial, como prefieras llamarlo. Por encima del puente apa-

reció, deslizándose solemne y majestuosa como un ángel, una embarcación de un único mástil con la vela desplegada, y fue la voz de un ángel, no sabes cuál pero desde luego no era la de tu ángel custodio, la que te interpeló no con un «Saúl, Saúl ¿por qué me persigues?», sino con su paráfrasis, «Raúl, Raúl ¿por qué no me sigues?». Difícil de creer, pero es lo que declararías en juicio aun sin la presencia de tu abogado. Así se escribe la historia, de haber tenido aire acondicionado el vetusto Peugeot 505 no se hubiera producido tu celeste derribo o, dicho más propiamente, tu bautismo por inmersión.

El principio de un libro, de su lectura o escritura, es siempre la curiosidad. El tercer punto inicial, último de los suspensivos, no es nítido y preciso sino tumultuoso y heteróclito; acuciado por la curiosidad iniciaste una alocada exploración bibliográfica. Ibas a seguirlo, querías hacer aquel viaje, recorrer a pie el enigmático canal y con tal experiencia, si eras capaz, escribir un libro. No querías conocer previamente nada de aquello con lo que pudieras encontrarte en la caminata, pero sí conocer su pretérito, lo ya desaparecido, sin lo cual cualquier interpretación sería un puro disparate. El opúsculo de Nelson García Colombani lo conseguiste en el saco de Roma, no fue un auténtico caracazo pero sí una revuelta popular bastante aparatosa: estabas en el restaurante-pizzería Mamma Roma, de la avenida Lecuna esquina a Miseria, en Caracas, en su aneja librería de ocasión (libros, discos, suvenires) cuando penetraron los malandros de gatillo alegre gritando el clásico «¡esto es un saqueo!», y en un saqueo todos los presentes, por afición u obligación, deben participar en el botín para convertirse en cómplices y no tener problemas con los saqueadores. No te quedó más remedio que afanar el libro. Pronto descubriste en él múltiples errores, todos perdonables por compensarlos su capacidad para entusiasmar al lector, incluido el clamoroso de su ilustración. El acueducto de la imagen no es el de Abánades (Palencia) sino el del cruce del Canal del Duque de Bridgewater sobre el río Irwell, entre Liverpool y Manchester, uno de los grandes canales británicos destinados al transporte de hulla y por el que podían desplazarse los barcos con navegación mixta de vela y sirga. Se construyó gracias al impulso del duque de Bridgewater, título nobiliario cuyo origen ignoras si fue debi-

do a humor, casualidad o mérito, y el acueducto de referencia es la ópera máxima del ingeniero James Brindley, su «castillo en el aire»: así fue nominado. La alocada exploración te llevó ineluctablemente a la bibliografía de Juan Helguera (historiador y presidente del club de fans del C. de C.). Fue una de sus reflexiones la que fijó en ti la real y titánica dimensión de la empresa a presa, esclusa a esclusa, del Canal de Castilla. Coetáneo de los canales ingleses, a diferencia de ellos, proyectados como complemento del transporte fluvial de ríos, de por sí y desde siempre navegables, su destino era el de única alternativa a una cuenca hidrográfica en cuyo nomenclátor el nombre más frecuente es el de río Seco. No sabías si serías capaz, pero te decidiste a favor del viaje haciendo tuya, metabolizándola y salvando las distancias, una cita de Einstein: «No tengo ningún talento específico, pero sí una curiosidad insaciable». No sabías qué tipo de libro querías escribir, ningún género te satisfacía, ni el periodístico de viajes, ni el ensayo sociológico, ni la novela histórica, pero sí que ibas a intentar que fuera un libro curioso.

El Canal de Castilla fue la obra más realista y prometeica de la Ilustración. A propósito de Prometeo, descubrió el fuego, sí, pero ¿qué más hizo?: es lo que se preguntarían los académicos, políticos y funcionarios a la violeta. Bajo tu punto de vista, uno de los pocos fuegos en la historia de España en el que hubiese merecido la pena inmolarse, el más maravilloso «castillo en el aire» que jamás se edificó sobre el solar de Castilla.

La intención de construir en Castilla canales de navegación viene de antiguo; el primero se concibió en el siglo XVI, pero las obras del único realizado no darían comienzo hasta mediados del XVIII y, a través de reyes, guerras, heroísmos, miserias y múltiples vicisitudes, no se concluirían hasta la mitad del XIX. El ilustrado motivo que impulsara a la construcción de esta extraordinaria obra de ingeniería no es otro que el de dotar al «granero de España» de una vía de transporte competitiva que facilitase la salida de sus productos agrícolas, principalmente trigo, al puerto de Santander desde donde se exportaba a las colonias de ultramar. Además de facilitar la comunicación entre las aisladas ciudades castellanas, repoblaría sus descampados, estimularía la creación de indus-

trias y procuraría el resurgimiento del país. Todo ello para, en reiterada frase de los padres de la Ilustración, «el fomento de la sociedad y la felicidad del pueblo».

En 1735, el novator, científico y capitán de navío Antonio de Ulloa (imprescindible citar la ayuda del ingeniero francés Carlos Lemaire) elabora un *Proyecto general de canales de navegación y riego para los reinos de Castilla y León* y comienza la aventura de tal obra. Te gusta calificarla de epopeya civil pues eso fue, un esfuerzo colectivo a favor de la civilización. Lo construido del Canal de Castilla aún se mantiene en pie y en funcionamiento, aunque no para la navegación, a lo largo de 207 km de longitud: los que vas a caminar. Su trazado discurre principalmente por las provincias de Palencia y Valladolid, con una pequeña incursión en la de Burgos. Con forma de Y invertida comprende tres ramales: el del Norte, que arranca de Alar del Rey, toma sus aguas del Pisuerga y a los 87 km de su nacimiento se bifurca dando lugar a los otros dos; el de Campos, que se dirige al oeste y tras un desarrollo de 66 km termina en Medina de Rioseco; y el del Sur, que concluye en Valladolid después de haber recorrido 54 km. Los 148,7 metros del desnivel de su perfil se salvan con un total de 49 esclusas de sillería, cuidadosa y perfectamente trabajada. El canal constituye un magnífico muestrario de obras hidráulicas, presas, puentes, acueductos y sifones, además de las esclusas, todas ellas austeras y de una absoluta modernidad en su tiempo. Un patrimonio enriquecido con las múltiples edificaciones que jalonan los márgenes, espaciosa fábrica de harinas, molinos, batanes y algún que otro excepcional artefacto. Una obra que, en palabras de los viajeros de la Ilustración, «hará memorables a los que la empezaron y a los que la sigan y concluyan». Su conclusión fue un logro feroz.

